

María Urquidi

“Una familia de Chihuahua en el siglo XVIII y sus lazos con la ciudad, el campo y frontera”

p. 665-672

*La ciudad y el campo en la historia de México. Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented at the VII Conference of Mexican and the United States Historians*

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## V. Sociedad fronteriza y política





María Urquidí\*

## Una familia de Chihuahua en el siglo XVIII y sus lazos con ciudad, campo y frontera

La historia de un poblado, dice Gil en su análisis de Mascota, Jalisco, puede iluminar ciertos aspectos de la historia nacional y explicar algunas características y actitudes regionales.<sup>1</sup> Pero puesto que un poblado no es una entidad aislada en una región, ésta sólo podrá revelarse adecuadamente a través de la historia combinada de muchos poblados. Por otra parte, puesto que la historia de un poblado es, necesariamente, el conjunto de las historias de sus pobladores, la historia de una familia dentro de un poblado tiene que integrarse con las historias de otras familias y todas éstas son sucesos locales, regionales y nacionales para que tengan relevancia en la historia nacional.

Pocas historias de familias hay para la región de Chihuahua, aunque Benedict, en su excelente trabajo sobre la expropiación de las propiedades de los jesuitas en Chihuahua en el siglo XVIII<sup>2</sup> y Algier, asiduo recopilador de datos en su investigación de la sociedad del Valle de Allende de fines del XVII y principios del XVIII,<sup>3</sup> reproducen ambos mucha información de tipo familiar. Es de esperarse que como el Archivo de Parral está pletórico de este tipo de material, pronto salgan a la luz más historias de familias de Chihuahua.

Esta ponencia se deriva de un estudio aún inconcluso de una familia del Valle de San Bartolomé, en el norte de México, que en cierto modo podría considerarse típica de las familias que se establecieron allí en la misma época.<sup>4</sup> Me limitaré aquí a exponer algunas de las características y actividades generales de esa familia en el siglo XVIII, y a apuntar que su ámbito no se circunscribe sólo al territorio en que se funda y desenvuelve, sino que se ubica dentro de un círculo mayor cuyos límites tocan, por un lado, la gran metrópoli –centro administrativo, comercial y cultural de la Nueva España–, y por el otro la frontera norte, cuyos bordes, aún imprecisos en esa época, son propensos a la invasión y susceptibles de expansión.

Hay diferencia, dice Fuentes Mares, entre los mexicanos del norte y los de “este lado del Trópico de Cáncer”, porque en el centro hubo que conquistar y destruir una cultura para construir otra, en tanto que en el norte, los españoles “llegaron a poblar un mundo que antes estaba vacío”, en el que no existieron las culturas precortesianas, sino sólo tribus trashumantes. “Vivir en el norte -explica,- un norte bárbaro y barbarizado a fuerza de luchar contra el medio y contra los indios bárbaros, era ganarse la vida en el monte, luchar encarnizadamente contra el medio, contra el clima”, y apunta que debido a ello y a la distancia entre Chihuahua y la ciudad de

\*El Colegio de México.

<sup>1</sup>Carlos B. Gil, *Life in Provincial Mexico. National and Regional History seen from Mascota, Jalisco, 1867-1972* (Los Angeles: UCLA, 1983), pp. XIII.

<sup>2</sup>Harold Bradley Benedict, *The distribution of the Expropriated Jesuit Properties in Mexico, with Special Reference to Chihuahua (1767-1790)* (Thesis, Ph.D., Universidad de Washington, 1970).

<sup>3</sup>Keith Wayne Algier, *Feudalism on New Spain's Northern Frontier: Valle de San Bartolome. A Case Study* (Thesis, Ph.D., Historia, Universidad de New Mexico, 1966).

<sup>4</sup>María Urquidí, *Los Urquidí de Chihuahua*, primera parte (México, 1978, manuscrito inédito, catálogo CE929.2 U79u, El Colegio de México).

México (1 500 kilómetros), la gente del norte era, de hecho, independiente. “El norte vivía muy lejos del virrey y todavía más lejos del rey de España”.<sup>5</sup>

Es cierto que por más de dos siglos los norteros tuvieron que lidiar con un enemigo que los asolaba sin cesar, y mucho se ha escrito sobre este tema. Pero cabe cuestionar esa supuesta independencia de los pobladores del norte. En su mayoría eran vascos, y por tanto aún más individualistas que los castellanos; gente de acción, trabajadora y emprendedora, como explica Jan Bazant en su estudio sobre los vascos en México, establecían y sostenían lazos estrechos con otros vascos de la Nueva España,<sup>6</sup> y no cabe duda que el dominio vasco sobre la vida social, económica y política en el Valle de San Bartolomé, que se evidencia por la frecuencia con que aparecen en todos los asuntos y negocios apellidos como Orrantia, Ontiveros, Urquidi, Echeverría y Amézquita,<sup>7</sup> llegaba más allá de los confines inmediatos de la región.

Pero por lo que toca a la diferencia entre los norteros y otros novohispanos, y a la posible independencia de aquéllos, conviene recordar que en el Nuevo Mundo como en la España misma, la ciudad y la sociedad se desarrollan desde el medioevo dentro de un sistema administrativo centralista,<sup>8</sup> lo cual contribuye, como lo expone Omar Guerrero, a crear esa “homogenización formal” de la ciudadanía que de hecho existe en México y en la América hispana, aun tomando en cuenta diferencias regionales, que más bien son de climas o de circunstancias especiales históricas, que de fondo.<sup>9</sup>

Por ello, el desarrollo de Chihuahua no pudo ser muy diferente al desarrollo de otras regiones de México, y por mucho que alegue Algier que los alcaldes mayores, en liga con los terratenientes del lugar, frustraban los intentos de la corona de centralizar la autoridad,<sup>10</sup> difícilmente podrían darse dentro de ese sistema las actitudes de independencia política que le atribuye Fuentes Mares a los pobladores de Chihuahua, ya que en esa época los vascos en México se ceñían, como todos los súbditos de la corona de Castilla, al sistema en que se habían criado. Y es precisamente dentro de ese sistema administrativo, político, económico y social que funcionan en el siglo XVIII el hacendado, el comerciante, el minero, el militar, el capataz y el artesano -o sea, los Urquidi y sus parientes y sus amigos y vecinos- del norte de México.

No es de dudarse que llegaron a Parral y al Valle de San Bartolomé y a Chihuahua -ese norte bárbaro y barbarizado- a luchar encarnizadamente contra el medio. Pero llegaron armados con conocimientos y costumbres adquiridos durante cientos de años de cultura, y respaldados por un sistema administrativo operante. Trajeron, además, los hilos de viejas y complejas redes familiares, y crearon con ellos redes semejantes en sus nuevos lares.

No se trataba de gente que vivía aislada, sin otra ocupación que la de labrar sus tierras, extraer metales, y luchar contra un enemigo persistente. En pocas décadas eran ya pobladores que hacían vida cotidiana en pueblos prósperos del norte de México, en los que habían erigido bellas y cómodas casas y buenas iglesias.

Estos pobladores eran personas, hombres y mujeres, que se reunían en el pueblo a discutir problemas locales y regionales, que se mantenían al corriente de las noticias nacionales, que se vestían a la última moda y que iban de visita de casa en casa a jugar naipes y a platicar de nuevas adquisiciones, de nuevos enlaces y de caras nuevas. Celebraban los días de fiesta, iban a misa y le apostaban a los pelotaris en el tradicional rebote, y a los charros en las carreras de caballo. Además, contribuían con

<sup>5</sup>Entrevista con José Fuentes Mares por Cristina Pacheco *Siempre*, 1649 (enero 30, 1985), pp. 32-34.

<sup>6</sup>Jan Bazant, “Los vascos de México”, (*Diálogos* 116, Abril 1984), pp. 33-41.

<sup>7</sup>Algier, *op. cit.*, p. 19.

<sup>8</sup>María Urquidi, *Three Approaches to Political Development: A case Study of Mexico* (Thesis, M.A., Ciencia Política, Universidad Simon Fraser, Canadá, 1984), 57-69, y 145-149.

<sup>9</sup>Omar Guerrero, “La centralización estatal en el siglo XIX”, *Universidad de México*, 409-410 (Feb. Mar. 1985), pp. 14-22.

<sup>10</sup>Algier, *op. cit.*, 154.

su talento y su arte el ebanista, el herrajero, el maestro, el tejedor, el costurero, el bailarín y el músico.

Quizá cabe destacar que estos pobladores del norte no se les puede catalogar como mineros o comerciantes o labradores o intelectuales o soldados. Hay investigadores que clasifican a Orrantia, por ejemplo, como “comerciante”, a Urquidi y Amézquita como “militares”, y a Jugo y a Cortés del Rey como “terratenientes” o “hacendados”.

Pero de hecho, esas personas combinaban todas o muchas de estas funciones y se da con frecuencia el caso de gente como Orrantia, Jugo y Urquidi que tenían minas, o las trabajaban, y que al mismo tiempo manejaban sus haciendas, tenían comercios e industrias pequeñas, y ocupaban puestos políticos o militares.

Además, algunos investigadores tienden a separar al político del militar, y al intelectual del político. No cabe aquí una discusión sobre este tema pero me limito a mencionar que en el mundo hispano, como en otros, y especialmente entre las familias de Chihuahua, no existía tal división. Urquidi y sus parientes y amigos eran parte integral de una comunidad en la que se requerían todas esas funciones y más para poder vivir y sobrevivir.

La familia Urquidi de Chihuahua arranca de dos enlaces, ambos en la región de Parral y del Valle de San Bartolomé. Zona minera ésta, ganadera y agrícola desde principios de 1560, se convirtió en centro de atracción para nuevos inmigrantes con el descubrimiento de grandes yacimientos de oro y plata en 1631. Los hermanos Antonio y Cristóbal de Orrantia, mineros y comerciantes, llegaron a Parral a fines de 1670. Cristóbal de Orrantia ya era importante terrateniente y destacado hombre de negocios en Parral y Valle cuando llegó allá Pedro Domingo de Jugo. Antes de establecerse en el Valle de San Bartolomé, éste a su vez había pasado una temporada en la Villa de San Felipe el Real de Chihuahua con sus dos hermanos, y ya tenía fortuna propia, extensas propiedades y prestigiosa posición social. Cuando se casó en 1722 con María Orrantia, hija de Cristóbal, aumentó su caudal y a su muerte, en 1762, a los dos años de haber muerto su esposa, era dueño de una gran extensión de tierras que abarcaban cinco haciendas.

Bárbara, hija de Jugo, se casó en San Bartolomé con Agustín de Urquidi en 1762. Urquidi también había hecho fortuna en Chihuahua, adonde con su hermano Manuel había vivido algún tiempo. Propietarios de tierras, les pertenecía también el obraje de Chihuahua, que tenían establecido para utilizar las enormes cantidades de lana que producían las esquilmas de sus borregos. De los cuatro hijos de Jugo, sólo Bárbara y Agustín tuvieron herederos, y los bienes de Jugo pasaron a esta rama de la familia.

No deja de interesar que en ese lejano e inculto rincón del norte, los inventarios que se formaron por la muerte de Jugo incluyeran “17 casacas de todo lujo y sus innumerables chupas” y “más de quinientos volúmenes, y entre ellos muchos de a folio y otros novísimos y distinguidos”,<sup>11</sup> si bien quizá no fuera tan singular su caso, ya que entre los vecinos del lugar se encontraban otros personajes de alcurnia, entre los que menciona Algier a Simón de Talamante, Bernardo de Ascue y Armendáriz, Juan de Estrada, hijo del duque de Estrada, Juan de Enríquez y Cabrera, hijo del duque de Medina y Rioseco, y Valerio Cortés del Rey, en una época el hombre más rico de la Nueva Vizcaya, que fundó mayorazgo en 1674. Ni era raro encontrar en otros inventarios de los hacendados de San Bartolomé listas de libros, como es el caso de uno de los yernos de Urquidi, Joaquín de Amézquita, dueño de la Hacienda de Valsequillo y otras.<sup>12</sup>

Esta zona, al sureste del estado de Chihuahua, se ubica en “el vasto e inculto terreno conocido por Bolsón de Mapimí, donde son muy temibles las hordas de

<sup>11</sup>Datos tomados de la Memoria de la familia Urquidi, Archivo Familiar, pp. 1-2, y de Algier, *op. cit.*, pp. 97-100.

<sup>12</sup>Algier, *op. cit.*, pp. 99-100 y 129.

bárbaros que lo recorren incesantemente”,<sup>13</sup> y la falda oriental de la Sierra Madre. En esta región se fundó, en 1563, el poblado llamado Valle de San Bartolomé (ahora Valle de Allende, nomenclatura que le dio en 1826 José Ignacio de Urquidi, primer gobernador constitucional de Chihuahua). Inicialmente se conocía como Valle de San Bartolomé no sólo al poblado, que se encuentra cerca de Parral, sino a toda esa región, equiparable en extensión al Valle de Oaxaca, “en donde existen grandes llanuras y hermosos valles, que por sus abundantes y excelentes pastos, ríos, lagunas y veneros son muy propios para la agricultura y la cría de ganados” y que llegó a conocerse como “el granero de todo el norte de la Nueva Vizcaya”. Allí se establecieron fincas agrícolas y ganaderas, primero para surtir a los fundos mineros aledaños y después para exportar productos a México, Chihuahua y Nuevo México.<sup>14</sup>

Valle, como se le decía entonces y se le dice ahora, se encontraba en el camino real de tierra adentro, que iba de México a Santa Fe. Era lugar de paso de cientos de trenes de mulas y diligencias que iban y venían con mercancías y pasajeros. Metales y grano, frutas y nueces, mulas y carneros, lanas y algodones, cera, cueros, muebles, libros, adornos y ropa fina, vinos y licores; todo iba y venía incesantemente de un extremo al otro de la ruta. Urquidi, por ejemplo, exportaba carneros y productos diversos del Valle tanto a México como a Nuevo México, y una vez al año él y su hermano Manuel y otros comerciantes de Chihuahua, compraban cargas de aguardiente, sal, frazadas, gamuzas, pasas, etc., que venían de Santa Fe y El Paso.

Había servicio de correspondencia una vez al mes entre Chihuahua, Janos, San Buenaventura, Carrizal, San Eleazaro, Pueblo del Paso, Nuevo México, Junta de los Ríos del Norte, Coyamen, Chorreras, Nueva Villa de San Gerónimo y Arizpe, Sonora; y había correo continuo entre Parral y el Valle con Chihuahua y con las demás poblaciones de la región, así como con la capital y otras ciudades grandes de México.<sup>15</sup>

Además, los negocios obligaban a viajar de Valle a Parral y a Chihuahua, a Durango, Zacatecas, Guadalajara y a México, y para mantenerse al tanto de los sucesos, la gente de Valle y de las haciendas se desplazaba a esos lugares con una frecuencia que asombraría a no ser que se tome en cuenta que los españoles tradicionalmente acostumbraban movilizarse mucho de un lado al otro. La propensión de la familia Urquidi a viajar está bien documentada.<sup>16</sup>

Por ejemplo, Jugo hizo frecuentes viajes a Guadalajara para tratar asuntos de títulos de tierras. A partir de 1730, varios de los hijos de Orrantia, de Jugo y de Urquidi acudieron a la ciudad de México para cursar estudios en la Universidad. Bagues, otro yerno de Urquidi y también terrateniente, viajaba continuamente entre el Valle, Zacatecas y Durango, en su calidad de tesorero real. Y el mismo Urquidi viajó varias veces a México en compañía de su esposa (un viaje que tomaba de dos a cuatro meses en tiempo de secas), ya sea para tramitar asuntos de negocios con su socio y apoderado José de Erizaguirre; ya sea para litigar un asunto de herencia relacionado con sus cuñados, hermanos de Bárbara, quienes habían sido expulsados de México en 1767 con los jesuitas; o simplemente para visitar a otros parientes.

Entre los viajeros también se contaba María Magdalena, hija de Urquidi, casada con Diego de Borica. Fueron primero a radicar a Arizpe, Sonora, adonde estaba él comisionado como comandante del cordón militar de Nuevo México, y después, con sus dos pequeños, a Monterrey, California, adonde llegó como gobernador. Aparte de ese tipo de viaje, era cosa de todos los días ir a Parral o a Chihuahua, a pesar de que

<sup>13</sup> Antonio García Cubas, *Atlas Mexicano*, Carta III, (México, 1849).

<sup>14</sup> *Ibid.*; y Fernando Jordán, *Crónica de un país bárbaro* (México: Costa Amic, 1965), p. 67

<sup>15</sup> Fray Martín Alegre y Capetillo, “Memoria de su viaje con Hugo O’Conor, comandante de las fronteras de la Provincia de la Nueva Vizcaya”, *Boletín del AGN*, 30:3 (1959) (Nov. 11, 1771).

<sup>16</sup> Datos debidamente documentados tomados de Urquidi, *op. cit.* (ver nota 4 de esta ponencia).

tomaba ocho horas en carroza, y un poco menos a caballo, recorrer los treinta y dos kilómetros entre Parral y Valle.<sup>17</sup>

Sin embargo, era peligroso viajar, y entre los peligros que acechaban a tan resueltos viajeros estaban los muchos ríos que había que cruzar, como el Conchos, en donde se ahogó un mozo de Urquidi viniendo de Chihuahua, y las temperaturas, que variaban de un frío intenso en invierno a un calor extremo en el verano. En tiempo de lluvias, había que vérselas con masas enormes de agua que cubrían los campos, y en tiempo de secas había que pasar por vastas tierras calcinadas por el sol. Y peor todavía, había el riesgo de ser atacados por las bandas de asaltantes, gente nómada o seminómada que rondaba por los caminos.<sup>18</sup>

Este riesgo no lo tenían sólo los viajeros, pues aunque los asaltantes buscaban grano y alimentos, así como metales y, a veces, hasta personas, hombres, mujeres y niños para esclavizarlos, lo que más les servían eran los caballos y las mulas, y de éstos había cantidades más que suficientes en los pastizales de las haciendas. Allí entraban a todo galope y se llevaban cuanto animal podían acarrear.<sup>19</sup>

Fueron considerables, y a la larga exitosas, las medidas tomadas por el gobierno para contener el embate constante de esas tribus contra los nuevos pobladores, y para resguardar y extender la frontera norte. Para llevar a cabo esa tarea, se estableció un sistema militar original que ha sido extensamente estudiado.<sup>20</sup> Urquidi y sus parientes, lo mismo que la mayoría de los pobladores del norte, participaron activamente en ese sistema, aportando dinero, materiales y caballos, así como sus propios servicios en el ejército cuando fuera necesario; tomando parte en la defensa de sus pueblos y haciendas como miembros de la milicia, en la que se les daba instrucción militar, pero que sólo les requería servir en su localidad. Hacia fines del siglo XVIII, Urquidi obtuvo el grado de capitán y fue nombrado comandante de la Tercera Compañía de Milicias del Valle, y su yerno, Joaquín Amézquita, comandante de la Primera del mismo Valle.

La gente de los pueblos y de las haciendas estaba pendiente de estos acontecimientos y siempre había algún nuevo incidente que relatar. Por ejemplo, Morfi relata que el 4 de septiembre de 1778, un grupo de asaltantes atacó y mató a dos mozos de Urquidi, llevándose 400 caballos de su propiedad -pocos animales para una hacienda en la que podía haber hasta 60 000 en un momento dado-, pero que el 22 de diciembre de ese mismo año, trece soldados y su sargento interceptaron a cinco de los asaltantes, matando a uno y recobrando más de cien de los caballos de Urquidi.<sup>21</sup>

Antes, a Jugo también le habían robado algunas bestias, aunque a veces tuvo la suerte, como Urquidi, de recobrar algunas. Por ejemplo, en 1731, el sargento Bauriaga con un grupo de cuarenta personas del Valle, capturó a un grupo de asaltantes y rescató a más de doscientos caballos que se habían llevado de una de sus haciendas.<sup>22</sup>

Pero el peor año para los agricultores y ganaderos del Valle fue 1773, y Urquidi tuvo fuertes pérdidas ese año. Hubo muchos incidentes, pero en uno de ellos,

<sup>17</sup>Robert C. West, *The Mining Community in Northern New Spain: The Parral Mining District* (University of California Press, Ibero-Americana, no. 30, 1949); Max Moorehead, *New Mexico's Royal Road: Trade and Travel on the Chihuahua Trail* (Norman, Oklahoma: 1958); y Lansing B. Bloom, "The Chihuahua Highway", *New Mexico Historical Review*, XII (julio 1937); documentan bien este tema.

<sup>18</sup>Florence C. Lister & Robert H. Lister, *Chihuahua, Storehouse of Storms* (University of New Mexico Press, 1966), p. 91.

<sup>19</sup>Donald E. Worcester, "The Significance of the Spanish Borderlands to the United States", en *New Spain's Far Northern Frontier, Essays on Spain in the American West, 1540-1821*, compilado por David J. Weber (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1979). p. 4; y Algier, op. cit., p. 33.

<sup>20</sup>Luis Navarro García, "The North of New Spain as a Political Problem in the Eighteenth Century", en David J. Weber, op. cit. (ver Worcester), p. 203.

<sup>21</sup>Fray Juan Agustín de Morfi, *Diario y Derrotero (1777-1781)* (edición de Eugenio del Hoyo y Malcolm D. McLean, Tecnológico de Monterrey, Serie Historia 5, 1967), p. 170, 184.

<sup>22</sup>Esta información y la que sigue fue tomada de diversas fuentes en el AGN, que se documentan debidamente en Urquidi, op. cit.



ocurrido el 3 de febrero, bajaron doscientos hombres a la Hacienda de la Concepción, llevándose todos los caballos y mulas que pudieron encontrar, regresando por más al día siguiente. Al tercer día, atacaron otras haciendas de Urquidi, incluyendo la del Río Florido, en donde mataron a varios mozos y se llevaron, otra vez, caballos y mulas, aunque en esta vez también se llevaron a cinco mozelos, habiendo llegado con mucha arrogancia hasta las puertas de la casa grande, donde mataron y descuartizaron a un capitán que estaba de guardia.

Son demasiados los relatos de este tipo, inclusive uno en el que se informa que Urquidi, como comandante de la milicia local, encabezó a un grupo de vecinos para dar batalla a sesenta asaltantes que se metieron en el pueblo.

Fueron muchas las pérdidas materiales sufridas por estos asaltos, así como las pérdidas en vidas humanas. Por ejemplo, entre 1771 y 1776, hubo 1 674 muertos entre los pobladores del norte, de los cuales 68 eran del Valle; 154 personas capturadas y 66 355 caballos y cabezas de ganado robados. Algunas de las haciendas habían hecho construir torreones en las esquinas de las casas, bastante holgados, para alojar a los dueños y sus familiares en caso de ataque, y para almacenar alimento suficiente para varios días.

A pesar, pues, de las precauciones y del sistema militar, se perdieron fortunas en casas y campos quemados, y también se gastaron fortunas para apoyar el movimiento militar y algunos pobladores abandonaron sus tierras ante la embestida feroz de que eran sujetos. No existe, empero, un cálculo del porcentaje de pobladores del Valle que abandonaron sus propiedades por esa causa. Es cierto que los títulos de propiedad cambiaban de mano con mucha rapidez: entre 1696 y 1707 cambiaron de dueño once de las treinta haciendas del Valle, quizá como consecuencia de la crítica situación.<sup>23</sup>

Por lo menos esa era la excusa que daban muchos compradores potenciales para buscar un precio barato, y definitivamente ese fue el caso, en 1769, cuando se pusieron a la venta dos de las haciendas expropiadas a los jesuitas: San Isidro de Iturralde y Catalina de Corrales. No se encontró comprador sino hasta 1774, y el precio fue de ganga. Agustín de Urquidi compró las dos propiedades por menos de \$ 5 000,<sup>24</sup> para agregarlas a sus ya de por sí vastas extensiones de tierra que se ubicaban en el extremo sur de Chihuahua, una extensión tan grande que para darse una idea de su enormidad, habría que recorrerla “a caballo por toda una semana, llegando de rancho a rancho sin salir jamás de la propiedad”, según descripción que hace Brinsmade de un recorrido semejante que hizo en una hacienda de San Luis Potosí.<sup>25</sup>

Otra razón para explicar la rápida sucesión de compras y ventas de propiedad en esa zona, la da Navarro García que dice que el abandono de tierras por parte de la población española podía deberse, más que a las hostilidades incesantes entre éstos y sus enemigos, a la insuficiencia de depósitos minerales que son “el estímulo clásico para la colonización”.<sup>26</sup>

Una tercera razón podría ser simplemente que muchas de las propiedades tenían una enorme carga de deudas e hipotecas, como dice Benedict,<sup>27</sup> y muchos de los cambios de propietario representaban simple transacción de compra-venta, como en el caso de las haciendas de San Francisco de la Natividad y San Antonio de Padua: Inicialmente propiedad de Cortés del Rey quien las perdió a favor de Jugo en 1737

<sup>23</sup>Algier, *op. cit.*, p. 44,151.

<sup>24</sup>Dato tomado de *Temporalidades*, AGN, ver Urquidi, *op. cit.*

<sup>25</sup>Robert Turgot Brinsmade, *The Effect of the Agrarian Reforms upon the Peon in San Luis Potosí* (M.A. Thesis, University of Texas, 1934).

<sup>26</sup>García, *op. cit.*, p. 203.

<sup>27</sup>Benedict, *op. cit.*, p. 32.

en un litigio que se ventiló en Guadalajara, por motivo de un adeudo muy grande que tenían con Jugo los herederos del mayorazgo.<sup>28</sup>

No todas las haciendas eran tan grandes como las de las familias Jugo y Urquidi, que andaban cerca de las sesenta mil hectáreas, o como las de Valerio Cortés del Rey, un poco más grande, si bien existía una todavía mayor que era la Hacienda de Tierra Blanca, y que más adelante pasaría a ser propiedad de la familia Amézquita-Urquidi.<sup>29</sup> La mayoría de las haciendas medían entre dos y ocho mil hectáreas, y hubo por lo menos cinco que fueron propiedad de mujeres del Valle a principios del siglo XVIII.

A este respecto cabe señalar que las mujeres tomaban parte activa e importante en los asuntos del Valle, ya sea en la compra-venta de tierras, o como poderdantes, dos actividades muy usuales en esa época. Habitadas a pasar penalidades en los viajes que hacían al lado de los hombres en la búsqueda de tierra y fortuna, y habitadas también, como lo estaban las españolas, a ocuparse de asuntos de negocios, estas mujeres eran parte integral de la vida productiva en Valle, al igual que los hombres. Por ejemplo, fue una mujer la que les vendió a los jesuitas las grandes haciendas de Tabaloapa y Dolores que llegarían a ser famosas con la expulsión de esos religiosos;<sup>30</sup> Había también mujeres comerciantes, como María Orrantía, la esposa de Jugo, o Regina de Tovar que obtuvo permiso para exportar 2 400 novillos y toros a la ciudad de México en 1673. Aparentemente no se les restringía en el tipo de negocio que desearan emprender, ya que dos de los once viticultores y vinateros del Valle eran mujeres.

Que las mujeres tenían acceso a la educación lo demuestran las vidas de sor Juana Inés de la Cruz y de Leona Vicario. Las mujeres del Valle también se educaban, a juzgar por las memorias de sus familias, y tanto María Orrantía como Bárbara Jugo se interesaban, como sus maridos, en la educación de los niños del Valle. Tan es así que en su testamento Urquidi dejó cierta cantidad para que con ella se formara una escuela para niños pobres en el Valle, pues consideraba que tan útil era para entonces que se educasen ricos así como pobres. Además, algunos de los hijos de Urquidi acudían a la escuela “acompañados de otros niños”, aunque se les daba instrucción con profesor en casa, antes de mandarlos a terminar de educarse en la ciudad de México.

El yerno de Urquidi, Borica, a cuya esposa María Magdalena Urquidi se refirió el capitán Vancouver en una carta en la que la describía como “la encantadora, talentosa y culta heredera”, también tenía interés por la educación. En uno de sus primeros actos este gobernador de las Californias instituyó la educación laica obligatoria para niños y adultos dentro de su jurisdicción.

Finalmente, y ya para acabar de cubrir la gama de actividades de esta familia, mencionaré brevemente que tanto Agustín como Manuel de Urquidi, quien radicó más bien en Chihuahua, tuvieron puestos políticos, pues los dos fueron alcalde menor y alcalde mayor en sus respectivas localidades, aunque igual ocurrió con los yernos de Urquidi, Amézquita, Bagues y Borica, y más adelante con el hijo de Agustín Urquidi, José Ignacio, y algunos otros de sus descendientes. También participaron en política muchos de los amigos y vecinos de Urquidi, pues las redes existían y los vecinos del lugar tomaban sus lugares en la estructura política según se les iba ofreciendo o conviniendo.

No terminaré esta exposición de datos familiares característicos de los Urquidi, sus parientes y sus amigos, con conclusiones acerca de lugar y la época en que vivieron y se formaron. Más bien haré un pequeño resumen: en el siglo XVIII los miembros de la familia Urquidi, que puede considerarse como típica familia colonial mexicana, no se

<sup>28</sup>Algier, *op. cit.*, p. 99

<sup>29</sup>*Ibid.*, p. 103

<sup>30</sup>Urquidi, *op. cit.*



definen como mineros, o comerciantes, o agricultores, o intelectuales, o militares. Más bien habría que definirlos como personas de su época que combinan todas esas características; que ven las oportunidades y las saben aprovechar, pero que también son personas que reconocen los cambios de la época y comprenden la necesidad de participar en esos cambios. Al morir Urquidi en 1796, la lección que les dejó a sus hijos fue que es menester adaptarse a los cambios y participar en ellos. En ese momento sus hijos estaban a punto de participar en la lucha por la independencia de México y la riqueza de la familia estaba a punto de empezar a desvanecerse.

Muy interesante será conocer otras historias familiares que salgan de Chihuahua, para establecer algún patrón que corrobore -o que refute- lo aquí expuesto.